

KRYSTYNA M. LIBURA y LUIS GERARDO MORALES MORENO, *Ecos de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Tecolote, 2004, 317 pp. ISBN 968-73-8155-8

El libro *Ecos de la guerra entre México y Estados Unidos* se plantea como objetivo presentar frente a frente las percepciones de la guerra en las dos naciones. Para eso, incluye trozos de las historias y testimonios contemporáneos a la misma, documentos oficiales, reflexiones, cartas y recortes de prensa. Destaca en este libro la preciosa impresión, con ilustraciones muy apropiadas, muchas poco conocidas, lo que produce una impresión excelente. Las ilustraciones son importantes como elemento que revela detalles que las obras escritas pasan por alto y tienen la virtud de acercar al lector a los acontecimientos. Aunque las hay posteriores, como las de Nebel que, si no mal recuerdo se realizaron por encargo unos dos años más tarde. Hay algunas ilustraciones muy impresionantes, como el daguerrotipo de la amputación de una pierna en el campo de batalla y otra que muestra la ferocidad de un grupo de voluntarios de Arkansas llamados saqueadores, que encontraron a un grupo de civiles mexicanos escondidos y empezaron a matarlos, haciéndoles el escalpe.

La antología hace, por tanto, una aportación importante para la difusión al conocimiento de esta guerra que legó una herida tan profunda en los mexicanos y de la que se tiene, por lo general, una visión distorsionada que apoya el sentido de inferioridad de los mexicanos, ante los estadounidenses, por no haber podido ganar una sola batalla. Por eso es fundamental que se conozcan todos los elementos que hacían previsible el desenlace y que el territorio perdido lo era de modo virtual, pues estaba prácticamente deshabitado. La ironía es que lo hemos poblado desde mediados del siglo XX, cuando ya no es nuestro.

Precisamente eso hace lamentable que el libro no caracterice de manera adecuada la situación en que se encontraban los dos países

en 1840, porque en ese momento ya era evidente la total asimetría que existía entre los dos, explicable porque mientras la fundación de Estados Unidos fue bendecida por toda clase de ventajas, el contexto desfavoreció la de su vecino del sur.

La independencia y fundación de Estados Unidos no sólo se produjo en un contexto internacional favorable. La lucha de las trece colonias fue corta y poco sangrienta y, como de la guerra de los Siete Años habían heredado resentimientos en los perdedores, las trece colonias contaron con aliados europeos que facilitarían el éxito bélico. Francia les otorgó el reconocimiento desde 1778 y Holanda en 1780. España se abstuvo, pero como aliada de Francia, apoyó la lucha. Por otra parte, Estados Unidos se enfrentó a Gran Bretaña con un Parlamento dividido desde el ascenso de Jorge III, tanto que hizo preferible reconocerla, para no poner a prueba su sistema parlamentario. Gran Bretaña no sólo le concedió el reconocimiento que le permitía entrar a la arena internacional con plenos poderes, sino que les triplicó el territorio, es decir, con la Luisiana oriental que llegaba hasta el Mississippi. Por si fuera poco, la revolución francesa estalló en 1789 y desencadenó 25 años de guerras europeas que le dieron a Estados Unidos la oportunidad de experimentar su sistema político sin interferencia europea, recibir la avalancha de migrantes que expulsaban las guerras, expandir su comercio gracias a la neutralidad y extender su territorio con la compra de Luisiana occidental en 1804 y presionar a España para cederle las Floridas, a cambio de una frontera definida con la Nueva España en 1819.

Para Nueva España la lucha fue diferente. Había sido de hecho la potencia del continente, pues la importancia de su plata para el comercio internacional y las guerras europeas le dieron gran prosperidad en el siglo XVIII, pero las guerras perdedoras de su metrópoli la arrastraron a la bancarrota, para inicios del siglo XIX. Su lucha independentista, sin aliados y con una España que para 1813 empezaría a fortalecerse con el apoyo de la Santa Alianza, fue larga y vio-

lenta, ocasionó la muerte de la mitad de la fuerza de trabajo, arruinó su productividad, dilapidó el poco capital existente, desarticuló las redes administrativas y el cobro de impuestos. Todo eso explica que su economía permaneciera estancada, y tardara medio siglo en estabilizarse. De esa manera, para 1840 la diferencia poblacional y económica eran totales. Por si fuera poco, la vieja prosperidad la convertiría en el país más amenazado del continente.

De esa manera, mientras el país agresor contaba casi con 20 000 000 de almas para 1840 y tenía un comercio dinámico, el agredido, apenas rebasaba los 7 000 000. Los dos países eran víctimas de la división y el faccionalismo, pero en Estados Unidos los neutralizaba la ambición del gran territorio mexicano. Todo eso explica que fuera hondo el contraste entre los dos ejércitos. El del vecino era pequeño pero profesional, con servicios eficientes de intendencia y sanidad, armas modernas y abundantes voluntarios entrenados, disciplinados, pagados y bien alimentados, que gracias a inmigración y los recursos eran remplazados periódicamente. El mexicano, sólo contaba con una minoría de oficiales profesionales y era pequeño para el tamaño del país, no contaba con verdaderos servicios de intendencia y sanidad, por lo que lo acompañaban soldaderas con todo y sus hijos que, si bien atendían a los hombres, estorbaban los movimientos de las tropas y, seguramente, las hacían aparecer mayores de lo que en realidad eran. La mayoría de soldados era de leva o voluntarios casi sin entrenamiento, tanto que algunos disparaban por primera vez en el campo de batalla. La caballería y la artillería mexicanas eran buenas, pero sus cañones eran de corto alcance, lo que hace sorprendente la actuación del ejército mexicano en la Angostura, cuya caballería hizo retroceder varias veces a los estadounidenses en los dos días de la terrible batalla. Esto despierta la pregunta: ¿qué hubiera pasado si Santa Anna no ordena el retiro, por falta de agua y alimento o por las noticias de los desórdenes en la capital, causada por el levantamiento de los polkos que, por cierto, no "fue manipulada por el alto clero"?,

como afirma la página 110, sino por los liberales moderados. Ellos mismos han dejado claro haber sido los organizadores, lo que sí es cierto es que su objetivo era desplazar al conflictivo vicepresidente Gómez Farías y que algunos religiosos y mayordomos de conventos hicieron aportaciones.

Como Estados Unidos movilizó varios ejércitos y su flota, México fue atacado al mismo tiempo por muchos flancos. Los principales puertos mexicanos fueron bloqueados y ocupados y los impuestos comerciales utilizados para sostener la ocupación. Por eso es comprensible que Yucatán optara por declararse neutral, para evitar que sus puertos fueran ocupados, pues restaurado el federalismo, había desaparecido la causa de su separación.

Por eso es evidente que el resultado de la guerra era predecible. Hay que subrayar que a pesar de que las derrotas se sucedieron unas a otras, los mexicanos no se rindieron, sino hasta después de la caída de la capital. Aunque Santa Anna trató de multiplicarse para dar la batalla, es fácil atribuirle la derrota, aunque sin duda no era buen general, es claro que fue la superioridad de la artillería la que aseguró la victoria, pues los cañones mexicanos de corto alcance, la mayoría comprados a Gran Bretaña en 1823, no pudieron competir con los modernos de los invasores. Por otra parte, la carencia total de recursos hizo que el gobierno federal, a cargo de la defensa y sin los recursos de las aduanas, tuviera que financiarse con préstamos de los habituales usureros, que le vendieron municiones que no siempre casaban con las armas existentes. También resulta comprensible que la superioridad de armamento y el abandono de heridos por incapacidad de servicios, produjeran una honda desmoralización en los soldados.

No sabemos que parte tuvo cada uno de los tres autores mencionados en la obra, pero hay una disparidad entre la parte referente a México y la dedicada a Estados Unidos. Es comprensible, pues los investigadores mexicanos todavía luchamos por corregir una visión de siglo y medio sobre la historia de esas décadas tan trágicas

para México. La bibliografía estadounidense sobre la guerra, aunque es menor que la que cubre otros eventos de su historia, cuenta con media docena de buenos libros y ha publicado testimonios de toda clase: diarios, cartas, reportajes, etc. Como fue la primera guerra cubierta por la prensa, cuenta con dibujos y daguerrotipos en grandes números. Todo ello permite presentar una selección más variada y mostrar una visión más equilibrada de la compleja situación estadounidense.

En México el contexto era poco apropiado para dejar testimonios. No contamos con dibujos, ni daguerrotipos y los que hay los dejaron los invasores. Pero el autor de la parte mexicana no le sacó partido a mucho material utilizable, como el Diario de Carlos María de Bustamante, las cartas y el corto diario de Mariano Riva Palacio, la impresionante correspondencia de José Fernando Ramírez al gobernador de Durango, las de Valentín Gómez Farías, y los despachos de los ministros europeos a sus cancillerías, así como los partes de los generales al Ministerio de Guerra. Las fuentes utilizadas para los testimonios mexicanos son poco variadas y se abusa de los *Recuerdos* de José María Roa Bárcena, redactados 30 años más tarde.

Como historiadora cuyo interés se ha centrado en la independencia de Texas y la guerra con Estados Unidos y obsesionada con explicarse el periodo, tal vez sea demasiado crítica. Al abordar el detonador de la agresión, el asunto de Texas, no se menciona que los texanos eran ciudadanos mexicanos privilegiados, por todas las concesiones que pretendían asegurar su lealtad. Los angloamericanos fueron aceptados por el gobierno español y luego por el mexicano para "poblar" el departamento, no para promover inversiones, pues el gobierno no era tan moderno. Se condicionó la entrada sólo a católicos, pero la mayoría, sin embargo, violó esa condición, a pesar de lo cual en el acta de independencia se quejaron de no poder ejercer su religión y de sufrir la tiranía de un gobierno dictatorial, lo cual no era cierto. La mayoría de los angloamericanos

era de ilegales, ya por violación religiosa, por introducir esclavos, o simplemente por atravesar una frontera poco vigilada, y se asentaban donde les daba la gana, muchas veces prófugos de la justicia.

La unión de Texas con Coahuila y las diferencias entre mexicanos y angloamericanos produjo problemas, pero la mayoría de las quejas se había resuelto para 1834, como ha mostrado el alemán graduado de la Universidad de Texas, Andreas Reichstein.

Las dos causas de la independencia fueron el antiesclavismo mexicano y la apertura de aduanas (tanto en 1832 como en 1835), ya vencidos los plazos y la extensión concedida en 1833. El cambio de sistema de gobierno de federalismo a centralismo liberal se hizo en octubre de 1835, cuando la separación de Texas estaba en marcha. El cambio al centralismo no lo causó el endeudamiento mexicano como se explica en el libro, sino el fracaso del sistema federal mexicano, que era más radical que el estadounidense. El régimen reprochó la primera sucesión presidencial en 1828 al imponer a Guerrero, el candidato perdedor. De esa manera entre esa fecha y 1835, reinó la ilegitimidad. A esto se sumó el temor de que el federalismo fomentara la fragmentación del territorio, dados los intentos texanos de separación y el desafío de Zacatecas y Coahuila y Texas al decreto del Congreso Nacional del 31 de marzo de 1835, que reducía las milicias cívicas, por cierto, no aplicable a Coahuila por ser zona fronteriza. Las noticias de que la independencia estaba en curso, convenció a los liberales moderados, mayoría en el Congreso, a aceptar el cambio al centralismo. Pero la preparación para la separación había comenzado: ya se habían empezado a fundar Texas Clubs por todo Estados Unidos, para enganchar voluntarios y recibir armas y donativos. A los especuladores, esclavistas y anxionistas organizadores, el centralismo sólo les sirvió para justificar la independencia.

De todas maneras hubiera sido conveniente reconocer a la República texana, como lo dictaminó Alamán en 1840, pero las pretensiones territoriales texanas, sus agresiones y la campaña de

descrédito de México que emprendieron, lo imposibilitaron y cuando en 1845 se decidió emprender las negociaciones para hacerlo, era extemporáneo.

Extrañé también que no se mencionara el hecho de que en 1845 México se enfrentaba a dos amenazas: la del expansionismo estadounidense y la conspiración financiada por la monarquía española para establecerla en México, con la bendición de Francia y Gran Bretaña. La conspiración la implementó en México el ministro español Bermúdez de Castro, aumentó la división y la debilidad de la nación. La situación en 1846 al iniciarse el avance estadounidense hacia el río Bravo, era desesperada.

Para empeorar esa situación, en agosto de 1846 ya en medio de la guerra, se cambió el sistema de gobierno y el restablecimiento del federalismo iba a dificultar la defensa. El gobierno federal se quedó sin fondos, pues como los puertos estaban bloqueados o habían sido ocupados, no contaba con el recurso de las aduanas. Por otra parte, el cambio de sistema fomentó una rebatiña de puestos políticos en todos los ámbitos, lo que distrajo la atención de la guerra.

Era indispensable mencionar que, desde mayo de 1847, al acercarse el invasor al valle de México, el Congreso después de arrebatarse al Ejecutivo las facultades para negociar la paz, se disolvió. Eso hace que el testimonio de Abraham López que acusa a Santa Anna de convertirse en dictador, ameritara un comentario, pues prácticamente se quedó solo ante la guerra. La élite se retiró a sus haciendas, los estados casi no contribuyeron a la defensa, lo que hacía que la situación fuera insostenible. Para ganar tiempo y tratar de fortalecer la situación de la capital, sin facultades y sin Congreso que las concediera, Santa Anna nombró comisionados para que oyeran las proposiciones de Trist, el comisionado estadounidense. Los mexicanos consideraron las condiciones inaceptables, pero además no podían negociar. Restablecidas las hostilidades, las derrotas se multiplicaron, por lo que Santa Anna ordenó el retiro del ejército de la capital para

evitarle sufrimientos como los padecidos por los habitantes de Monterrey y Veracruz.

Ocupada la ciudad de México e instalado el gobierno interino en Querétaro, el gran problema del gobierno provisional fue darle visos de estabilidad, convocando a los gobernadores y al Congreso para que se reunieran en esa ciudad y nombrar a los comisionados para negociar la paz. Esto era necesario, pues los radicales y los monarquistas querían la guerra hasta el último hombre. Fue importante haber reunido a buen número de diputados que legitimaron al gobierno interino.

Hubiera sido conveniente escoger el párrafo de los comisionados mexicanos en que aclaran que los 15 000 000 recibidos de Estados Unidos no fue un pago por el territorio perdido, porque éste había sido conquistado, sino una indemnización por daños y prorroto de la deuda exterior, correspondiente a los territorios perdidos.

Tengo menos comentarios sobre la parte dedicada a Estados Unidos, ya que se presenta una visión más variada y representativa de diferentes ángulos de las percepciones de estadounidenses. Me hubiera gustado que se le diera menor espacio al libro de Joel M. Poinsett y que no se hubiera ilustrado con el cuadro sobre las castas, tan impresionista para mostrar la variedad racial, pero tan mal interpretado por mexicanos y extranjeros. Por lo demás me gustaron mucho las ilustraciones y las explicaciones. Me pareció muy acertado el testimonio sobre la entrada del ejército en Puebla y la hostilidad que Moore percibió en la muchedumbre poblana, ya que desmiente la acusación repetida de que Puebla había recibido con júbilo a los invasores.

Eché de menos que no se incluyera alguna muestra del racismo expresado por los *whigs* ante el Congreso, temiendo asimilar “mongrel races” y otra del optimismo de los expansionistas exaltados que para promover la anexión de todo México, insistían que muchos problemas los solucionarían las “pretty señoritas” y los invasores estadounidenses.



Hace falta hacer algunas correcciones para nuevas ediciones: Agustín de Iturbide no se autoproclamó emperador, fue elegido por la mayoría de los diputados que habían llegado al Congreso, incluyendo a Gómez Farías; que el Batallón de San Patricio no estaba formado sólo de irlandeses, sino por una variedad de nacionalidades, incluyendo estadounidenses, a los cuales atrajo la religión o las ofertas de tierras, o que despertaron después de una borrachera en el campo mexicano o huían de los severos castigos del general Taylor, alguno incluso, confesó que lo había seducido una mujer. No a todos los colgaron y curiosamente, el organizador se salvó.

De todas maneras *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos* proporciona un serio intento de difusión de elementos importantes para comprender el evento. La preciosa presentación y el atractivo de las ilustraciones y de los testimonios garantizan el éxito para un gran público en los dos países, de manera que se podrán hacer correcciones en futuras ediciones.

Josefina Zoraida Vázquez

*El Colegio de México*

ALICIA OLIVERA DE BONFIL y VÍCTOR MANUEL RUIZ NAUFAL,  
*Peoresnada periódico cristero*, México, Instituto Nacional de  
Antropología e Historia, 2005, 284 pp. ISBN 968-03-0126-5

Alicia Olivera de Bonfil (pionera del estudio de la rebelión cristera) rescató, con el apoyo de Miguel Palomar y Vizcarra, este periódico publicado semanalmente de julio de 1927 al 19 de mayo de 1929, el cual incluye algunos textos no publicados. El padre Adolfo Arroyo editó este periódico con grandes sacrificios, inicialmente no tuvo precio porque no era la intención de venderlo, pero los propios lectores fijaron el precio de 20 centavos mensuales. El